

MARGARET MEAD

Blackberry Winter.
Mis años jóvenes

TRADUCCIÓN DE CRISTINA HOLM



Colección MERIDIANOS, 5

Título original: *Blackberry Winter. My Earlier Years*

© Herederos de Margaret Mead, 1972

© Traducción del inglés, Cristina Holm, 1976. Revisada por la editorial en 2026

© De esta edición, Festina Lente, Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados

La presente edición recupera la traducción realizada por Cristina Holm, revisada para esta publicación. No ha sido posible localizar a la traductora ni a sus derechohabientes.

Primera edición: octubre, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de la colección y cubierta: Joaquín Gallego

Fotografía de cubierta: Margaret Mead (1901-1978), antropóloga estadounidense.

Fotografiada con una colección de máscaras, c. 1928, © Granger / Bridgeman Images

ISBN: 978-84-129013-1-3 | Thema: WTL | Depósito legal: M-16221-2026

Imprime: Estugraf | Impreso en España



Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión
forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

PRÓLOGO	13
PRIMERA PARTE	19
1. El hogar y los viajes	21
2. La gurrumina original	33
3. Mi padre y la academia	43
4. Ser nieta	59
5. El modelo de mi familia	69
6. Dentro y fuera de la escuela	81
7. Universidad: DePauw	101
8. Universidad: Barnard	117
9. Matrimonio estudiantil y escuela graduada	133
SEGUNDA PARTE	155
10. Samoa: la muchacha adolescente	157
11. Retorno del trabajo de campo	177
12. Manus: el pensamiento de los niños primitivos	193
13. Los años entre los trabajos de campo	207
14. Arapesh y Mundugumor: roles sexuales en la cultura	225
15. Tchambuli: sexo y temperamento	243
16. Bali e Iatmul: un salto cuantitativo	263
TERCERA PARTE	283
17. Tener un bebé	285
18. Catherine, nacida en tiempos de guerra	303
19. Ser abuela	317
EPÍLOGO: ATANDO CABOS	329
AGRADECIMIENTOS	345

*Dedico este libro a las ocho personas
que me han aceptado en sus vidas;
con el trato de darles algo de
mi propia existencia, así como ellos
lo han hecho con la suya.*

Blackberry winter, the time when the hoarfrost
lies on the blackberry blossoms; without
this frost the berries will not set.
It is the forerunner of a rich harvest.¹

1 Invierno del moral, el tiempo en que la escarcha / descansa en los capullos de mora; / sin esta escarcha los frutos no madurarán. / Es el anticipo de una abundante cosecha.

PRÓLOGO

Cuando tenía dieciséis años, tuve ocasión de leer un texto impreso en una tarjeta, colocada en la pared del despacho de un viejo médico rural, que rezaba así: *Todas las cosas contribuyen en bien de aquellos que aman a Dios*. Deduje de ello que, cuando uno se señala un rumbo y dobla las velas ante el viento para llevar adelante el viaje, confiando que el curso es correcto, este, aunque la nave peligre de hundirse en cualquier momento, será, en efecto, correcto.

He pasado la mayor parte de mi vida estudiando las vidas de otros pueblos lejanos, para que los americanos pudieran entenderse mejor a sí mismos. Los pueblos primitivos, al no tener escritura ni ningún tipo de registros, salvo su propio lenguaje hablado, solo cuentan con sí mismos para encarnar lo que son. De forma parecida, intento que mi propia vida ilumine, en la medida de lo posible, el modo de educar a los niños para que padres e hijos, unidos, puedan capear los mares más encrespados. Los jóvenes se plantean ya: «¿Estaremos tan alejados de nuestros hijos como lo estuvimos de nuestros padres?». Yo no creo que ello sea así. Traje a esta vida la conciencia que mis padres y mi abuela me dieron respecto a la cultura en que vivíamos y esta se ha acentuado gracias a los muchos años de trabajo entre los pueblos de los Mares del Sur. Pienso que es posible construir en nosotros mismos esta especie de conciencia.

Los pueblos de los Mares del Sur que he descrito —samoanos, manus, arapesh, mundugumor, tchamoulis, balineses e iatmul— consentían generosamente cuando les explicaba que necesitaba un relato de sus vidas. A veces era difícil hacer entender a una persona que vivía aún en la Edad de Piedra por qué me había ido a vivir entre ellos y el sentido de mi trabajo, pero siempre lo intenté. Al principio, tenía que dejar que construyeran sus propias fantasías sobre mi tarea e intuía frecuentemente, en aquellos

momentos, que si bien yo podía llegar a entenderles, no ocurría así con ellos respecto a mí. No obstante, cuando, finalizada la guerra, regresé otra vez —a Manus, a Bali, a Iatmul—, descubrí complacida que había ahora hombres y mujeres preocupados por la suerte de sus respectivos pueblos en medio de la precipitación del cambio, capaces ahora de entender por qué había ido —y regresado— además de la contribución que hacía al mundo.

Antaño, en mi propio país, cuando la gente (especialmente los jóvenes) me preguntaba cómo era posible que pudiera, o pareciera, entender su modo de ser, solía responderles: «Porque soy antropóloga». Pero, ahora, no me parece esta una respuesta suficiente y, en todo caso, ¿qué utilidad tiene como respuesta? Al fin y al cabo, muy pocos estudian Antropología o pueden disponer del tiempo preciso para compartir durante meses, o años, las vidas de otras gentes y regresar a casa con una nueva perspectiva. Además, pienso hoy que la citada respuesta omitiría dos puntos de vital importancia en mi vida. Me di cuenta de uno, cuando un viejo amigo mío me comentó: «En mi casa, era solo un *niño*. En casa de los tuyos, era una *persona*». El otro punto, que he podido constatar en los últimos diez años, es que, en muchos sentidos, fui educada en mi propia cultura con un adelanto de dos generaciones.

Trabajando en este libro —y escribirlo ha sido, más o menos, como realizar una película cuya fotografía es tan abundante que hay gran cantidad de material elegible para poder ilustrar cualquier punto—, he redescubierto cómo sucedió que me educara adelantada a mi época. En parte, se debió a que durante toda mi niñez compartí la viva relación de mi abuela con el pasado y el presente, pero también porque fui hija de unos científicos sociales —profunda y diferentemente—, preocupados por el estado del mundo. Para mí, el ser educada para convertirme en una mujer que pudiera vivir responsablemente en el mundo contemporáneo y el estudiar Antropología eran casi lo mismo.

Cuando, justamente con otros niños, corría a través de los campos de Buckingham Valley para presenciar un incendio o comprobar la dureza del hielo en los estanques de invierno, sabía bien cómo se diferenciaba la vida de las personas de mi alrededor respecto a las de sus antepasados, y era perfectamente consciente de cómo cambiaba la vida ante nuestros ojos. Cuando mi abuela decidió aprender a hacer mantequilla, no era igual que hacerla en casa cuando todavía no era posible el comprarla elaborada de forma mecánica por una industria. Cuando un zepelín flotaba perezosamente en el cielo sobre nuestros campos, lo relacionaba de inmediato tanto con los primeros vuelos en globo como a los proyectos, aún no realizados, sobre el vuelo aéreo; y, cuando nuestros vecinos, en los muchos y distintos lugares que viví en mi infancia, solían comportarse de modo distinto al nuestro o entre ellos, aprendí que era a causa de su experiencia de vida y la de sus antepasados, y la mía, y no, en modo alguno, a las diferencias de color de nuestra piel o la forma de nuestras cabezas.

No es necesario desplazarse a Samoa o a Nueva Guinea para aprender estas cosas. Esta forma de ver y de pensar el mundo es algo que los niños pueden —y lo hacen hoy con mucha frecuencia— aprender en casa. Es cierto, evidentemente, que si antaño los antropólogos no hubieran ido a remotos lugares, relatando luego qué habían visto, mi madre no habría podido enseñarme las mismas cosas. Y, si la pregunta «¿Quién es, pues, mi prójimo?» no hubiera sido parte de la experiencia religiosa de mi abuela, es posible que ni la preocupación de ella, ni la de mi madre, por la raza humana hubiera tenido algún sentido para mí. Muy posiblemente no hubiera sabido interpretar tampoco, del modo que lo hice, la convicción de mi padre en el sentido de que lo más importante que podía hacerse era contribuir al acopio de conocimientos del mundo.

En este libro he intentado describir los tipos de experiencias que me han hecho ser yo misma, lo que soy, y también destacar aquellos tipos de experiencia que podrían llegar a ser parte de una

manera de educar a los niños y contemplar el mundo, incluyendo el pasado y el futuro como aspectos del presente —del presente de cualquier generación—. Al mismo tiempo, al evocar las primeras experiencias de mi vida personal, estas se han entrelazado nuevamente en la red de mi relación con aquellos que siempre han estado cerca de mí, puesto que este libro ha sido escrito en distintos lugares del mundo, pero siempre cerca de alguien que era parte de su relato: en Cincinnati, donde viven miembros de la familia de mi abuela; en Australia, donde Caroline Tennant Kelly fue parte de mi vida en el Pacífico Sur, en los años en que iba y venía de Sídney; en Cambridge, donde mi hermana Elizabeth y mi hija Catherine podían leer todo cuanto escribía acerca de nuestra familia; en Hungría, en un seminario internacional sobre la vivienda, donde asistí con Geoffrey Gorer, al que no conocí hasta 1955 pero que ha compartido mi comprensión del desarrollo de la teoría antropológica y la aventura de descubrir el sentido del mundo moderno; y, finalmente, en Nueva York, donde compartí con Rhoda Métraux, que acababa de finalizar un trabajo en el terreno de Sopik River, esta perspectiva de mi propio trabajo que ahora se remonta a casi cincuenta años.

Hacia la mitad de la redacción de este libro, regresé al Pacífico Sur con la intención de repetir nuevamente mis propios viajes a los campos, que se iniciaron en 1925 —en Samoa— y terminaron en 1938 —en Nueva Guinea—. Fue entonces cuando nos dirigíamos desde Bali a las Iatmul, que tuvimos ocasión de escuchar en la radio de un pequeño mercante chino, en el río Sepik, las azarosas noticias de la visita de Chamberlain a Hitler, para evitar la guerra «en nuestra época». Pocos meses después, y justo antes de la tragedia de Checoslovaquia, cuando regresábamos a casa, supimos que no sería posible evitarla. Dejábamos el campo de estudios para enfrentarnos con la guerra, la cual me había parecido tan inevitable que todo mi anterior trabajo de los nueve años precedentes había sido preparado contra su eventualidad.

El pasado y el presente se hallaban yuxtapuestos en ese viaje de verano que realizaba llevando conmigo el manuscrito incompleto. Me di cuenta de que, del mismo modo que los hechos bélicos dividen en dos a los humanos —no como enemigos, sino como miembros de dos generaciones, nacidas con anterioridad a la guerra, o posteriormente a los acontecimientos que cambiaron la condición humana—, también este relato actual de mi vida debería coincidir con el final de la guerra. En 1939, cuando llegamos a casa, ya se configuraba la situación en la que se ponía de manifiesto este excepcional abismo generacional: mis contemporáneos estaban hondamente preocupados por los jóvenes que, a sus ojos, aparecían alienados, apáticos, sin fibra moral. Las mismas palabras que utilizaban son, aún hoy, frases familiares. También existían aquellos que sostenían que los jóvenes deben aprender a vivir sin elevadas ambiciones, puesto que la posibilidad de elección en el mundo contemporáneo era muy limitada. Mi propia respuesta se perfilaba en un artículo sobre la generación más joven, de la que algunos de sus miembros, en mi opinión, replanteaban, bajo una nueva forma, nuestros temas tradicionales como preguntándose: «¿Debería tenerse una conciencia?».

Esta semana, repasando las viejas fotografías del archivo que Marie Eichelberger conserva para mí —realizadas, a través de los años, por tantas personas con las que he trabajado: Karsten Stapelfeldt, Gregory Bateson, Jane Belo, Paul Byers, Ken Heyman y Robert Levin—, no supe hallar ninguna brusca ruptura con el pasado. Situando unos juntos a otros los retratos de mi hija y de mi nieta; de mi abuela en su juventud y cuando la vi por última vez; de mi padre con mi hermana pequeña y, años más tarde, con mi madre; yo misma, cuando era niña, con mi hermano; y de mi hermano y hermanas, al crecer, constaté que todas estas fotografías eran eco una de otra. Cada una de ellas era el retrato de una persona en un momento determinado, pero después, extendidas frente a mí, las veía como el modelo de lo que mi familia era para mí.

El curso que tomó mi vida fue establecido hace mucho tiempo, pero desde 1940 ha tomado nuevas direcciones. Este libro es sobre el presente, pero un presente tal y como lo entendí, por vez primera, en un mundo que ha cambiado inconmensurablemente.

Hoy día, la gente joven —tan joven que podrían ser mis propios nietos— me dice con frecuencia: «Eres uno de los nuestros». La tentación de asentir es grande, ya que sería una cosa extraordinaria pertenecer a esta generación que está cobrando su propio valor, pero me es preciso responder: «No. Pertenezco a mi propia generación. El que ahora estemos buscando juntos muchas cosas no significa que yo pertenezca a vuestra generación. Nunca podré hacerlo, del mismo modo que vosotros no podéis pertenecer a la mía, aunque yo puedo tratar de explicarlo y puedo intentar poner a punto mi vida, del mismo modo que vosotros habláis de poner a punto vuestros cuerpos».

Esto es, pues, de lo que trata este libro y por qué lo he escrito.

PRIMERA PARTE

EL HOGAR Y LOS VIAJES

Para muchas personas, mudarse es una cosa, y viajar, otra completamente distinta. «Viajar» significa irse de casa y estar fuera por un tiempo del hogar, un antídoto contra las monótonas actividades de la vida cotidiana o un preludio de unas vacaciones que se merece disfrutar, tras meses de rutina. «Mudarse» equivale a dejar un hogar, romper con alegría o tristeza con el pasado, un acontecimiento feliz o penoso, o algo que hay que sobrellevar de grado o por fuerza.

Para mí, mudarme y quedarme en casa, viajar y llegar a alguna parte son casi lo mismo. El mundo está lleno de hogares en los cuales he vivido un día, un mes, un año o más tiempo. Lo que me importa un hogar no puede medirse por la cantidad de tiempo que he residido en él, ya que una noche en una habitación con un fuego chisporroteante puede significar mucho más para mí que muchos meses en una habitación sin chimenea, en la que mi vida transcurrió sin apenas emoción. Desde que tuve uso de razón, supe que no habíamos vivido siempre allí, en Hammonton, Nueva York, donde nos habíamos mudado para que mamá pudiera trabajar en su tesis doctoral. Sabía que había pasado mi primer verano en un balneario llamado Lavallette, un lugar que no volví a visitar hasta los diecisiete años y donde se produjo el único y serio ataque de nostalgia de toda mi vida, provocado por el rumor de las olas. Sabía también que habíamos vivido en St. Marks Square, Filadelfia, porque al invierno siguiente estuvimos cerca de allí y conocíamos a gente de la zona.

Cada invierno nos íbamos a vivir cerca de Filadelfia para que papá no tuviera que desplazarse demasiado lejos o se viera obligado

a pernoctar en la ciudad los días que daba clase en la universidad. Desde que cumplí los siete años, íbamos también a alguna parte durante el verano, lo cual significa que nos mudábamos cuatro veces al año, ya que en otoño y primavera volvíamos a la casa de Hammonton.

Todas las demás casas no nos resultaban familiares y ello no quiere decir que me asustaran, sino que teníamos que llegar a familiarizarnos enseguida con cada esquina y cada rincón porque, de otro modo, era difícil jugar al escondite. Tan pronto llegábamos, yo corría a buscar una habitación para mí, lo más apartada posible del resto de la casa y, de preferencia, en el piso superior, donde los pasos siempre me alertarían de que alguien se acercaba. Después de ello, y hasta que nos instalábamos, me ocupaba en explorar y hacer mío el nuevo dominio. Más tarde, desde que tuve catorce años, fui la encargada de desempacar, hacer las camas, poner los alimentos en la nevera, y llenar y encender las lámparas antes del atardecer.

El siguiente paso era explorar el vecindario. Tenía que averiguar qué otros niños vivían en las cercanías y si había bosques, flores silvestres, setos o espesuras: cualquier paraje escondido que pudiera transformarse en una diminuta selva primitiva donde la vida se adaptara rápidamente a un mundo imaginario.

En Hammonton teníamos cinco acres completos, buena parte de los cuales lo constituían matorrales, salpicados de arándanos, que los pequeños italianos, que eran nuestros vecinos, juntaban y volvían a vendernos. En Lansdowne y Swarthmore había partes de bosquecillo, pero en Filadelfia no había nada, solo muros de piedra de diferente altura, sobre los cuales caminaba. Nada, excepto el invierno que vivimos junto al parque, cerca del zoológico.

Por más lejos que nos mudáramos y por más frecuentemente que lo hiciéramos, siempre regresábamos a nuestra casa de Hammonton, a los queridos y familiares objetos demasiado frágiles para llevarnos con nosotros, a pesar de que mamá era muy condescendiente y nos permitía llevarnos todo aquello que deseáramos.

En Hammonton volvíamos a encontrar el mismo matorral de arándanos, recorriamos nuevamente los viejos senderos, o abríamos otros. Estaba también el mismo cabriolé que alquilábamos en la cochería, y estaba la misma puerta que nunca abríamos: una segunda puerta en el porche de enfrente que solo se utilizó en una única ocasión, cuando los vecinos alarmados vinieron a avisarnos de que se había incendiado la chimenea.

Estaba, asimismo, el gran árbol del que se desprendió un nido de avispas durante una tormenta. Yo bailaba a merced del viento, cuando se cayó, y sin dejar de bailar lo tomé en mis manos; aún puedo recordar el viento, pero no las picaduras que me acribillaron, según me han contado... Estaban los altos árboles de tuya que dividían el prado en pequeñas plazoletas, donde la abuela jugaba con nosotros, hasta que un día puso su mano sobre el corazón y nunca más compartió nuestros juegos. Y una vez que, en la parte exterior del seto, descubrimos heces, mamá comentó con disgusto y horror que eran heces humanas.

Estaba también el pozo con una bomba que solíamos preparar con agua caliente, hasta que un día mi hermano de cinco años y otro amigo muy travieso, un año menor que él, arrojaron dentro todo lo que hallaron a mano y nunca más volvimos a usarlo. También, la vieja canoa donde cultivábamos flores, hasta que los chicos la destrozaron. Una vez, cuando el granero acababa de ser reparado con un techo nuevo, los dos chicos arrojaron fuera todas las viejas tablas, que habían sido apiladas en su interior, y la abuela comentó que esta era la demostración de cómo unos críos bastante juiciosos por separado podían realizar travesuras. Nunca podía saberse, cuando se juntaban dos amiguitos, cuál iba a ser el resultado y ello me permitió ampliar mis ideas respecto al modo de ser de los niños, en general.

Era el contrapunto, en cierto modo, a un grabado que, con un marco de cobre, teníamos sobre la chimenea. Representaba una niña que cosía de manera aplicada una delicada labor teniendo

sentado a su lado un hermoso niño, con aire ausente, que, simplemente, contemplaba el mundo. Años después, este mismo cuadro me proporcionaría la imagen central de un amargo y feminista poemita de protesta que compuse cuando Edward Sapir me espetó que era preferible que me quedara en casa y tuviera hijos antes que irme a los Mares del Sur para estudiar a las muchachas adolescentes:

Mide tu hilo y córtalo
al tamaño de tu pequeño puntada.
Cose la prenda fuerte, fuerte
y no dejes lugar para los sueños.
...
Baja la cabeza, que no te sorprendan mirando
Hacia donde vuelan los incansables gansos.

También había tesoros en el tocador de mamá: una bandeja Wedgwood, una pequeña Mary de porcelana con su cordero; la parte superior de un cuenco de rosas floreado, verde, que se había roto, y su espejo, cepillo y peine con mango de plata. Todas estas cosas tenían un significado para mí y cada una de ellas podía —y puede hoy— evocar un torrente de recuerdos.

Pero, en general, las cosas que me importaban en mi niñez son realmente muy pocas si las comparo con las sobrecargadas mesas y estantes a través de los cuales tienen que abrirse paso los niños de hoy. Solo si son muy afortunados podrán ser capaces de grabar en sus memorias la despareja masa de objetos, juguetes y cosas fácilmente olvidables, sin pasado ni futuro, además de montones de instantáneas que serán sustituidas por otras nuevas al año siguiente.

En mi opinión, la dificultad no reside —como pretenden tantas personas mayores— en que antaño la vida era más simple y había menos cosas, por lo que, de alguna manera, la gente era mejor y más austera. No. La dificultad reside más bien en que los niños de hoy han de hallar nuevos modos de echar el ancla en

los cambiantes momentos de sus vidas, y verse obligados a intentarlo sin la ayuda de sus mayores, que crecieron en un mundo completamente distinto. ¿Cuántos de los jóvenes de hoy que se rebelan contra la tiranía de los objetos y quieren despojar su vida de todo lo que no sea el contenido de una mochila pueden recordar y enumerar los objetos que había en el tocador de su madre y describir cada uno de los juguetes o libros de su niñez?

Se ha comprobado que algunos jovencitos, desesperados e infelices, cuando se disponen a abandonar una comuna desordenada y entregada a las drogas, lo primero que hacen es reunir en un rincón sus pocas pertenencias y tratan de darles una apariencia de orden. La necesidad de definir lo que se es mediante el lugar en que se vive permanece intacta aun cuando ese lugar esté definido por un único objeto, como el pequeño jarrón azul que simbolizaba el hogar, en el caso de una de mis amigas, hija de una enfermera profesional, viuda, que continuamente estaba obligada a desplazarse de un lugar a otro. Los salvajes nómadas del desierto de Kalahari, cuando acampan en el desierto, no suelen construir paredes. Simplemente cavan un pequeño hueco en la arena. Pero curvan una rama delgada para hacer la abertura de la puerta, una entrada a una vivienda tan sacrosanta de la invasión como las amuralladas residencias de los ricos o como Makati, en Manila, donde los guardianes protegen a los ricos de los pobres.

Me di cuenta de las pocas cosas que se necesitan para hacer «hogar» cuando llevé a mi hija de siete años a su primer viaje marítimo. El barco —el Marine Jumper, un buque de transporte de tropas, sin reformar, con cubiertas de hierro— estaba abarrotado con más de mil estudiantes. Se amontonaban en la parte inferior, donde habían dormido las tropas, mientras que Cathy y yo compartíamos una cabina con otros seis miembros del personal. Cathy trepó a su litera superior, abrió los pequeños paquetes que le habían ofrecido como despedida, y los acomodó en un círculo en

torno suyo. Entonces se inclinó sobre el borde de la litera y dijo: «Ya estoy lista para ver el barco».

El hogar, como aprendí, puede estar en cualquier lugar en que uno lo haga. El hogar es también el lugar al que se regresa una y otra vez. La partida realmente conmovedora es aquella que puede ser para siempre. Es en este sentido que los pueblos de las islas del Pacífico sienten que cada viaje puede ser un punto de no retorno. El mismo día en que llegué a Samoa, la gente comenzó a preguntarme: «¿Cuándo partirás?». Cuando respondí: «Dentro de un año», suspiraron: «Bueno, *talofai*» —cariños—, con la tristeza de mil partidas en sus voces. Sus islas estaban pobladas por viajeros que partían en un breve viaje de trayecto conocido y cuyas canoas eran alejadas cientos de millas de su curso. Pero, hasta cuando parte una canoa pesquera, existe la posibilidad de que choque contra los peligrosos bancos y de que alguien se ahogue. El viaje más breve puede ser eterno.

He visto algo semejante en las costas marítimas de Portugal, donde desde hace cuatro siglos los pescadores parten anualmente en sus frágiles botes hacia los bancos pesqueros del traicionero Atlántico, sin que se pueda predecir cuándo —o si— regresarán. Portugal es todavía hoy territorio de viudas. Las viejas mujeres, vestidas de negro, parecen aún buscar, con la mirada en el mar, a los hombres que desaparecieron en la distancia, con un destino ignorado.

En todos mis años de trabajo de campo, allí donde he vivido ha sido mi hogar. Cada pequeño objeto que he llevado conmigo, cada estante ordenado con latas que contenían cuentas o sal para intercambiar, o lápices para que los niños dibujaran, se transforma en una señal de hogar. Cuando se desmantela, en la última mañana —una mañana que lo mismo se caracteriza por la codicia de los que tienen poco y esperan conseguir algo de lo que se abandona, como por la pena de sentir que alguien parte definitivamente—, esa mañana lloro. Yo también sé que esta partida, a diferencia de mis correrías de casa en la niñez, probablemente será para siempre.

En Manus, en 1928, los hombres golpearon los tambores fúnebres cuando nuestra canoa partió de la aldea. En 1953, cuando volví por segunda vez a Manus y estaba por partir nuevamente, el viejo Pokanau me hizo una despedida formal: «Ahora, como una vieja tortuga, te adentras en el mar para morir y nunca más te veremos». Entonces Kilipak, un hombre mucho más joven, observó agudamente: «¡En realidad, habla de sí mismo!».

Partir sabiendo que volveré al mismo lugar y a la misma gente es la manera en que ha transcurrido siempre mi vida. Cuando fui a Samoa, para mi primer trabajo de campo, en 1925, tuvimos una última cena en el comedor de la granja de Holicong, Bucks County, donde nos habíamos trasladado cuando cumplí diez años, tras haber vendido la casa de Hammonton. Allí estaban papá, mamá y abuela, mi hermano con mis hermanas, Richard, Elizabeth y Priscilla, y mi marido estudiante, Luther Cressman. Papá y Richard cantaban, en parte bromeando y en parte para ocultar sus propios sentimientos, alternando, «El humo sube por la chimenea del mismo modo» (una canción que se había transformado en una broma familiar cuando nos mudamos a la granja y todas las chimeneas echaban humo) y «Nos encontraremos pero la echaremos de menos».

Después de cenar fuimos a Filadelfia, a la vieja estación de Baltimore y Ohio, que nunca había visto antes. Los besé a todos y atravesé la puerta. Mi padre dijo, más tarde: «¡No miró hacia atrás en ningún momento!».

Este era un paso hacia adelante en la vida. Yo me iba a mi trabajo de campo, y Luther tenía una beca para viajar a Europa, lo que siempre había deseado hacer. Nadie estuvo permanentemente afligido. Regresaría a la granja cuando las malvas florecieran otra vez.

Nunca me ha faltado un hogar al cual regresar. Primero fue Hammonton y después la granja, que no se vendió hasta 1928. Luego, en 1926, a mi regreso de Samoa, ingresé en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, donde se me

asignó como oficina una habitación en el ático, bajo el tejado, en la torre oeste del edificio de la Calle setenta y siete. Era exactamente como la habitación que tenía en la granja y la clase de estancia que siempre había elegido en cada una de las casas que alquilábamos. Entre otras ventajas, tenía dos escaleras que subían a la torre, como también las hubo en las mejores casas que habíamos alquilado; esto significaba que uno podía escabullirse por una mientras alguien a quien no se deseaba recibir —en mi niñez, mi madre o cualquier persona durante mis juegos; o, más tarde, un viejo encargado demasiado solícito— subía por la otra.

Quizá fue porque me dieron esa pequeña habitación del ático, dominando los tejados de la ciudad, que en pocos meses decidí quedarme en el museo para el resto de mi vida. Veía a los hombres ancianos, a los encargados retirados —¡uno de ellos incluso se llamaba Mead!— vagando entre los libros y sus especímenes. Lejos de causarme repulsión, me sentía segura. Evidentemente, el museo no se deshacía de sus encargados como lo hacían las universidades con sus profesores cuando eran demasiado viejos para cambiar sus papeles de sitio y ordenarlos de modo que puedan volver a encontrarlos. Me las ingeniaría para permanecer allí siempre.

Pocos años antes de mi llegada, ese despacho había sido el dormitorio del apartamento del encargado de mantenimiento, que vivía allí con su familia. Solía pararse en la puerta y contarme cómo habían nacido sus niños en esa habitación. También había un cuarto de baño lo suficientemente grande como para contener una gran tina en que lavar los especímenes y, en la habitación frente al pequeño vestíbulo, una chimenea tejada que más tarde funcionaría con gas. Para los que trabajábamos en la torre, no existía el largo pasillo flanqueado de cajas ni límites como los que tenían los grandes y elegantes despachos de abajo, cada uno de los cuales era reservado para un encargado y sus ayudantes.

Cuando el encargado del edificio se mudó, mi ático se transformó en la habitación de catalogación, presidida por el señor

Sabine, que había sido mayordomo del presidente del museo y era entonces asistente del departamento. Tenía grandes cualidades de observación y descubrió de inmediato, en mi colección de Manus, la extraña jabalina que se lanzaba con una cuerda torcida, de igual modo que una jabalina romana. Cuando llegué, el señor Sabine fue trasladado para darme un lugar en el que trabajar, al menos eventualmente, hasta que se desocupara uno de los grandes despachos de la planta baja.

Al comienzo, mi despacho parecía grande y desnudo. Los únicos muebles eran unos armarios de metal pequeños, una estantería y un viejo secreter de roble procedente de alguna oficina inferior. Coloqué cortinas con estampado *tapa* en las ventanas, puse alfombras samoanas en el suelo, y colgué en la pared un mapamundi en el cual el arqueólogo Erich Schmidt y yo solíamos planear nuestros próximos viajes de estudio.

Con el lento correr de los años, después de que se me hubiera ofrecido un despacho, propiamente dicho, y que rechacé, extendí mis dominios del ático. Primero adquirí la habitación interior del viejo departamento, denominada, durante el régimen del señor Sabine, «Especímenes no identificados» y tenía un gabinete secreto donde se ocultaba el oro del Perú. Este es el lugar donde trabaja mi personal, porque he conservado como propio el despacho exterior y, de alguna manera, este ha sido mi hogar más permanente durante muchos años.

Desde finales de 1920, no he tenido ninguna casa permanente a la que regresar: solo una serie de apartamentos alquilados entre los viajes de campo y parte de las casas de piedra parda de mis amigos, donde he vivido y a las que he querido, aunque sin las responsabilidades de un propietario. Después de que mis padres vendieran la vieja granja de Buckingham Valley, compraron otra que fue pasto de las llamas algo más tarde, así que el despacho del museo se transformó en el sucesor de las habitaciones donde había crecido.